

Sobre la puerta de la sacristía, casi en frente del de Doña Ermesendis, aparece el sepulcro de Ramón Berenguer II *Cap de estopes*, construido á fines del siglo XIV, con estatua echada, ostentando en sus extremos las barras de Wifredo. Nació en 1053 junto con su hermano Berenguer Ramón, y los documentos, escrituras y en particular el testamento de su padre Ramón Berenguer I *el Viejo* claramente demuestran que éste le reputó primogénito, pues como tal lo antepone siempre á su hermano. Casó por los años de 1078 con Doña Mahalta ó Mahaud, tercera hija de Roberto Guiscardo, duque de Calabria y Pulla, conquistador de Sicilia y valiente capitán normando, cuya fama tanto se divulgó por la Europa, que de todas partes acudían los más nobles y poderosos barones á pedir la gracia de unirse á su familia. En ella hubo á Ramón Berenguer III, que nació en Rodes á 11-noviembre de 1081. En su testamento, su padre Ramón Berenguer I *el Viejo*, llamóle á la sucesión simultáneamente con su hermano: fatal decisión, que ya reprueba la experiencia, y que tantos males causó á Cataluña. Ni un solo ejemplo ofrece la historia de un conreinado pacífico y sin sangre, y como para confirmar en Cataluña la verdad de tan triste experiencia, la diversidad en el carácter vino á dividir á los que unió el nacimiento. Era Berenguer fuerte y ambicioso, y ya en vida de su padre dejó entrever algunos rasgos de aquella envidia y sagacidad que tan horriblemente estalló al partir el trono con su hermano mayor, de dulce condición y

en la capilla de los Cuatro Santos Mártires (a); la de Guillermo de Vilamari, obra de Faverán, y la de Pedro de Rocaberti, las dos con estatua yacente, en la capilla de San Bernardo y Santa Marta; y la de Bernardo de Vilamari en la de Todos los Santos. Todos esos monumentos sepulcrales pertenecen al siglo XIV.

(a) En la parte superior del retablo de esta capilla vese una imagen de entero relieve con un rótulo al pié que dice *S. Carolus Magnus*. El obispo Arnaldo de Monrodon, con decreto de 14 de Abril de 1345, estableció la fiesta dedicada á aquel Emperador como á Santo, con rezo y oficio propio para todo el obispado; según costumbre general de las Seos de Bélgica y Alemania. Esta festividad se celebraba en 29 de Enero, pero no era general en las iglesias mismas de la ciudad, pues la de San Félix ó no la admitió ó por lo menos á mitad del siglo XV no la celebraba ya, aun continuándose en la Catedral. Duró este culto por espacio de unos ciento cuarenta años, hasta que Sixto IV lo suspendió. Continuó no obstante haciéndose el panegírico de aquel Emperador todos los años hasta el presente siglo. En el día ha dejado de pronunciarse este sermón.

sobremanera afable. Hecha la división de las rentas, pero no del gobierno, convinieron ambos en partir también la residencia del palacio condal, de manera que alternativamente lo habitase el uno desde ocho días antes de Pentecostés hasta ocho antes de Navidad, morando entretanto el otro en las casas de Bernardo Ramón; pero este hecho, que se reputa válida prueba de su amistad, es en nuestro sentir el que más demuestra la desconfianza que ya entre ellos reinaba. Desde entonces en los documentos sólo aparecen concesiones y convenios á que accedía el bondadoso Ramón para acallar la envidia y rencor de Berenguer (a); pero nada pudo impedir el feroz acto á que se precipitó el hermano menor, asesinando al mayor á 6 de diciembre de 1081, dos días después de firmada la última pacificación, en un bosque entre San Celoni y Hostalrich, en el lugar llamado desde entonces el Varal de Astor.

Siendo este hecho uno de los más notables asuntos que contienen nuestras crónicas, creemos se nos permitirá ensayar una leve pintura que trace sus curiosas particularidades, como las refiere el cronista catalán, celoso en recoger todas las tradiciones de su patria.

Triste bramaba el viento sacudiendo las viejas encinas del bosque, y su furioso soplo precipitaba unas sobre otras las nubes que oscurecían el cielo. Desde su alta morada asomó el gavilán su cabeza, y clavó sus penetrantes ojos en el fondo del valle; la tímida liebre enderezó atenta las orejas, y la corneja echó á volar lanzando lastimeros graznidos.

Sonaba á lo lejos confuso ruído de bocinas, y alguna que otra lanza sacaba su banderola por encima de los arbustos. De repente el ruido creció, y el ladrar de los perros y las pisadas

(a) Véase t. I, pág. 138 y siguientes.



de los caballos oyéronse en varias direcciones. Un jabalí cruzara la senda delante de los cazadores é internárase en la maleza, llevando tras sí la enfurecida jauría de los sabuesos y la estrepitosa cabalgata, que se dividió para cercarle en una batida general.

Ramón Berenguer hundió el acicate en los flancos de su buen caballo, y se lanzó al alcance de la fiera seguido del más fiel de sus pajes. En su ardor salvó hoyadas y torrentes y se deslizó por la orilla de los barrancos como un fantasma arrebatado por el viento. Una alondra salió espantada de las ramas de un roble, y atrajo la atención del conde que le echó su azor. Los chillidos de la avecilla indicaron que preveía su suerte, y más pronto el diestro halcón los ahogó entre sus uñas, y la trajó sangrienta á su amo.—Diz que entretanto en senda oculta y de nadie transitada brillaron por un momento entre las ramas acedadas armaduras, y pasaron sin rumor bardados corceles como una tropa de incubos que en silencio corren al lugar destinado para sus sortilegios.

—«Paje, mi buen paje; así te dé Dios ventura en lides, y el nombre de tu amada sea el de la más hermosa, que lleves esta alondra á mi noble esposa Mahalta, que en mi buen palacio condal acaricia al pequeño hijo de tu soberano.»

Una bandada de cuervos sacudió sus negruzcas alas graznando tristemente, y desapareció arrastrada por el viento. Pero el conde ató su mejor sortija al cuello de la alondra, y la entregó á su fiel paje, que estremeció el suelo con el galope de su bridón.

Siguió Ramón el alcance del jabalí, parando de cuando en cuando su curso para escuchar el débil y lejano ladrar de los perros y el toque moribundo de alguna bocina. La espesura del bosque robaba la escasa luz del día, y en medio de tan espantosa soledad no le traía ya el viento el rumor de su alegre comitiva.

Un relincho sonó como un gemido al pié de una cercana co-

lina, y el conde dirigió allá su corcel, que rehilaba las orejas y como pesaroso obedecía la espuela del caballero.

De repente abriéronse los arbustos y dieron paso á una tropa de hombres que, calado el yelmo y lanza en ristre, embistieron al conde. y le atravesaron con cien heridas. Tendió el infeliz una postrer agonizante mirada á su derredor, y al descubrir la lívida y sombría frente de su hermano, que algo apartado se apoyaba en un árbol, lanzó un suspiro y cayó sangriento del caballo, mientras el azor voló á posarse sobre un cercano varal.

—«El agua no conserva las huellas» dijo el fratricida Berenguer, y partió con todos los asesinos llevando el cadáver de su hermano, y desapareciendo en la espesura.

Las trompas volvieron á resonar lejos, muy lejos; los gritos de los cazadores, llevados en alas del vendabal, parecían siniestros gemidos de espíritus que rápidamente cruzaban; bramaban los pinos como un mar enfurecido, y hondamente murmuraban palabras de muerte.

Dos ágiles sabuesos atravesaron la maleza, y desembocaron donde fué asesinado el conde. Al ver el charco de la sangre, arrastráronse hasta él y ansiosamente olieron sus negros vapores. Lanzando entonces un aullido tristísimo y prolongado, echaron á correr con todas sus fuerzas alrededor de la sangre, describiendo con frenesí anchos círculos y parando de cuando en cuando para aullar lenta y dolorosamente: el azor correspondía con sus agudos chillidos.

El eco repitió más cercanos los pasos de los caballos, y por fin la comitiva del conde, cuidadosa ya por su larga ausencia, acudió atraída por el ladrar de los perros, que al verla redoblaron el furor de su carrera, mientras el azor sacudía gritando sus alas encima del varal.

Miráronse consternados unos á otros los caballeros y los pajes; mas quién podía descubrir el origen de semejante desgracia?



Al coger el azor por las picuelas, echó el ave á volar pausadamente lanzando tristes gritos, como si con aquellos sonidos quisiese indicarles que fuesen en pos de ella. Rojas manchas de sangre salpicaban á trechos el camino, y á lo lejos, sobre las aguas de un lago que brillaban como una cinta de plata, revoloteaba arremolinada una nube de cuervos.

Al verlos aulló melancólicamente toda la jauría, y el azor apresuró su vuelo hasta llegar á las orillas del lago. Graznaron horriblemente todas las agoreras aves, como si previesen que iban á arrebatárles su presa, que sobrenadaba en un círculo de agua algo teñida con su propia sangre.

Sacaron los criados el cadáver de su señor, y los caballeros dieron sus mejores capas para envolverle, mientras sus leales servidores lamentaban su temprana pérdida y recordaban sus virtudes.

Triste y dolorosa fué su marcha á Gerona; las puntas de las lanzas surcaban el polvo, arrastraban por el suelo las bordadas banderolas, y las bocinas ensayaban de cuando en cuando tonadas lúgubres:—el fiel azor volaba siempre delante de la fúnebre comitiva.

Con grave y melancólico són tañían todas las campanas de Gerona; la fama de aquella muerte cruzó por ella seguida de consternación y espanto, y un fúnebre silencio reinaba en sus plazas y en sus calles.

Cubriéronse de negros paños las paredes de la iglesia; un altísimo dosel del mismo color ocultó el rico altar, y sobre su oscuro fondo resaltaba una larga cruz de plata que relucía siniestramente con la amarillenta lumbre de los cirios, mientras las bóvedas repetían murmurando las preces de los difuntos.

Sonó general lamento en la fiel Gerona al entrar en su recinto el fúnebre cortejo, que entre el llanto de los habitantes y el clamoreo de las campanas subió á la catedral. Allí paró el azor su vuelo sobre la puerta del templo, y despidiendo un grito agudo cayó muerto de dolor.

Al llegar los caballeros á los umbrales del santuario, salió el clero en solemne procesión con sendos cirios á recibir el cadáver de su conde, y los rezos hondos que murmuraba helaban el corazón más intrépido.

¿Quién asesinó al joven Ramón? Una vaga sospecha volaba sobre aquellas cabezas; un triste presentimiento oprimía todos los corazones;—pisaban un suelo volcánico, y ni una sola senda había que no cruzase sobre el abismo: pero el dedo de Dios iba á señalar el homicida.

Movióse el capiscol, y en su voluntad y conciencia entonó el *Subvenite*, pero las palabras no correspondieron á su intento, y su voz hizo resonar la terrible pregunta del Señor: *Cain! dónde está tu hermano Abel?*

Un frío terror cundió por los circunstantes al oír estas palabras; no hubo una frente que no palidiese; no hubo una mano que no temblase: la multitud empezó á dispersarse temerosa y azorada; densa oscuridad pesó sobre la comitiva,—y es fama que vaciló la lumbre de los cirios en el altar, y que en las tumbas subterráneas sonaron extrañas voces que repetían las palabras del Señor: *Cain! dónde está tu hermano Abel?* (1).

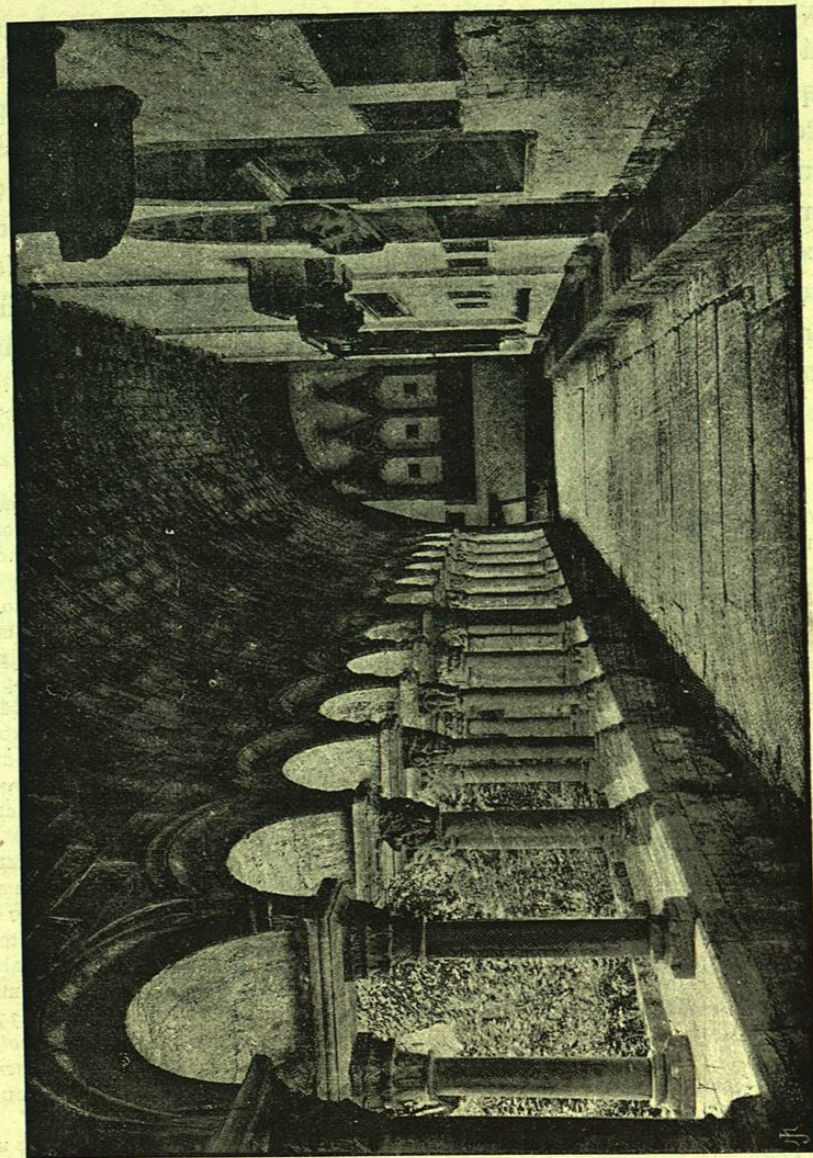
Al lado de la iglesia, de esa osada producción de la mejor época del arte, aparece una muestra imponente de la arquitectura verdaderamente gótica. Los artífices de los siglos XIV y XV respetaron aquellos venerables claustros, que se presentan hondos, vastos y negruzcos como una inmensa tumba. Antes de descender á ellos, place contemplar tanto misterio, tanta majestad; y las rudas formas bizantinas hielan el alma con sagrado

(1) Ramón Berenguer *Cap de estopes* fué sepultado en el cementerio llamado *Galilea*, que hoy es la escalera grande. Allí estaba también el sepulcro de doña Ermesendis, y ambos fueron trasladados al lugar que ocupan, ordenándolo á 28 de Julio de 1385 D. Pedro el *Ceremonioso*, que entonces se hallaba en Figueras.



respeto, mientras en cierto modo sentimos los espeluznos del terror. Una bóveda pesada y espesa, cuya mitad desaparece en apariencia tras las paredes y que por lo mismo sólo forma un cuadrante de círculo, carga sobre pilares pareados, que como aplastados por tan crecida mole apenas se atreven á remontarse, y conceden estrecho paso á la luz por entre pequeños arcos semicirculares. El Génesis prestó asunto al artista que esculpió las labores de los capiteles, y su ejecución en general tosca y bárbara claramente manifiesta que las tinieblas de los primeros períodos de la Edad media todavía oscurecían el horizonte cuando se trabajaron, dejando asomar al través de su blanquizca lumbre un débil rayo de ese sol gótico, de ese arte que después debía fecundar el suelo de la Europa en riquísima vegetación. La Abadía de San Pedro de Barcelona en sus claustros nos ofrece aunque débilmente una idea de la forma de los de la catedral gerundense, que entre los pocos monumentos de aquella época, que han respetado las injurias del tiempo ó el sacudimiento de las revoluciones, son un precioso dato de la historia del arte cristiano en su primer período. Todo en ellos respira quietud, y cierta sencillez simbólica y misteriosa es su carácter. La robustez más sombría desterró de ellos la elegancia; llevan marcado el sello de la barbarie; sus formas nada nos revelan ni se dejan penetrar por nuestro corazón, y oscuras é inmóviles aparecen como un recinto vedado y terrible en que sólo deben resonar los pasos de los iniciados. Crece inculta la yerba en el patio; ocupa el centro el brocal de una cisterna, que se presenta á la vista como un montón informe de blanquecinas piedras, mientras algunas esparcidas por el suelo resaltan entre el verdor del césped. Árboles altísimos lánzanse en busca del sol, que apenas colora las cenicientas paredes de aquella obra, y sus verdes copas asoman al nivel de la techumbre de la vecina iglesia. — Tú que con santo amor á la ciencia estudias ansioso en esos mudos libros el espíritu de generaciones que se borraron para siempre, tú que con el alma joven todavía en fe visitas, peregrino-artista,

CATALUÑA



GERONA.—CLAUSTRO DE LA CATEDRAL



los monumentos de nuestros padres; si desde la cima del viejo Montseny descienden á la llanura los espíritus de la niebla envolviéndolo todo en fantásticas formas, vé entonces, pero vé solo, á contemplar esos claustros. Las negras lápidas de las tumbas que llenan las paredes apenas se divisan al través de los vapores de la tarde, y los rudos pilares se ofrecen como una visión incierta. Entonces, mientras en lo alto susurran los árboles como una lejana cascada, aparece en débil vislumbre el montón central de piedras como un sepulcro informe de un jefe del Norte; las formas sajonas se revelan al alma en todo su terrible misterio, y dijérase que la sombra de un bardo allí entonaría con placer el canto de muerte, si la cruz que venció á Odín no presidiese en aquel lugar y no defendiese su entrada (1).

(1) Junto á estos claustros está el archivo, que entre varias preciosidades contiene una muy interesante para la historia del arte. Es una Biblia hermosamente manuscrita en pergamino, cuyos caracteres son de la mayor elegancia, llena de ricas pinturas en cuyas figuras y ropajes se nota bastante expresión y diligencia, y sembrada de caprichosos dibujos y originalísimas letras. Pero no es sólo el dibujo ó la forma lo que constituye la belleza de sus iluminaciones; el más brillante colorido sorprende al que la hojea, y al ver tanta frescura, tanto vigor en los colores, difícilmente se creería que es obra de un siglo ya remoto. Propiedad es esta de la mayor parte de los códices de los últimos tiempos de la Edad media, que ostentan inconcebible brillo en sus pinturas, de la cual sólo una confusa idea podrá formar quien no los haya visto; y ciertamente pasma que, aun roídos por el polvo y la carcoma, rotas las cubiertas y entregados al olvido, en que por ejemplo yacen algunos de la Catedral de Barcelona, conserven intactas las pinturas que parecen desafiar las injurias de la vejez y del descuido.

La tradición supone aquella Biblia dádiva de Carlomagno, y aunque el carácter de la letra, los dibujos y los que diremos luégo ya desmienten á primera vista semejante suposición, no han faltado autores que la han copiado y continuado en sus obras. Pero al fin de la misma Biblia, algo apartado del texto, se lee escrito y firmado por el Rey Carlos V de Francia, que da gracias á Dios por estar ya acabado el libro: *Laus tibi sit Christe quoniam liber explicit iste — R. Charles*. Y más abajo el mismo Rey continúa diciendo que aquella Biblia es suya, y que en 1378 la compró á San Luciano de Viannez: *este bible est á nous Charles le V de notre nom Roy de France et lachétames de sain lucien de Viannez lan MCCCLXXVIII escrit de notre main*. Es obra del maestro Bernardino Mutina, según se lee á continuación del mismo texto: *Magister Bernardinus Mutina fecit*.

El ilustre Cabildo de Gerona debió tan precioso libro á la generosidad de un prelado, que, como veremos luégo, dejó gratos recuerdos á la Catedral. Don Dalmacio de Mur, primer obispo gerundense y después arzobispo de Tarragona, ascendió luégo á la dignidad arzobispal de Zaragoza, desde cuyo punto partió á París por orden del Rey don Alfonso IV, *el Sabio*. Allí logró la posesión de aquel manuscrito, y en su testamento lo legó á la iglesia gerundense, que lo recibió en 1456.

Á la otra parte de la iglesia, frente á la puerta que conduce á los claustros, hacia el mediodía ábrese otra entrada lateral llamada de los Apóstoles (a). Es una obra delicada, que el artífice dejó sin concluir, y lo que se construyó vese á uno y otro lado de la puerta dispuesto para sostener los arcos en degradación de la ojiva, que es la forma de casi todas las entradas de la Edad media. Consta como de dos pequeños cuerpos, de los cuales el primero ó el inferior presenta á la vista agradables comparticiones formadas por delgadísimas pilastras ricamente esculpidas, y dentro de cada cuadro muéstrase airosa una ojiva que remata en un florón y está subdividida en dos más pequeñas por una leve línea; hermosa combinación que es uno de los mejores adornos en el género gótico, y que tanto realce da á las ventanas. Tanto la base como el remate de estas ojivas están sembrados de delicados detalles, que son tal vez lo mejor que en escultura contiene aquella catedral. Divide á este cuerpo del segundo una faja de hojas entre las cuales se esconden á trechos animales y frutas, cuya buena ejecución corre parejas con la de aquellas. El segundo cuerpo consta de nichos incompletos en su parte superior, que contienen las estatuas de los apóstoles, obra

Sus cubiertas son de terciopelo carmesí, y la cierran cuatro broches de oro. Aquel digno cabildo ha acreditado su ilustración y el amor con que cuida lo que honra su iglesia, y ciertamente no se puede prodigar á una antigüedad esmero superior al que ha demostrado en la conservación de la preciosa Biblia. Una caja de madera la encierra, y es muy laudable la precaución con que semejante obra se enseña, sin que por ello se disminuya en nada la amabilidad y franqueza que son las dotes más brillantes de sus ilustres miembros y que nosotros con tanto placer y provecho hemos experimentado (b).

(a) Véase la cabecera de este capítulo.

(b) Pueden además citarse como á otras de las obras notables que contiene este archivo: un códice iluminado de los *Comentarios* sobre el Apocalipsis, del siglo X; un compendio de los *Evangelios* para las fiestas del año, del siglo XII; el *Libro verde* con las escrituras referentes á esta iglesia desde el siglo XV; el libro de los *Estatutos* también del siglo XV; una curiosa miscelánea llamada *den Calzada*; y las *Resoluciones Capituli Cathedralis Gerundensis* desde 1462 á 1482 que forman dos volúmenes manuscritos y autógrafos en su mayor parte de Andrés Alfonsello, doctor en leyes y Vicario General que fué en aquella época de la diócesis de Gerona. De estos dos interesantísimos libros ha publicado la mayor parte el erudito académico P. Fidel Fita, bajo el título de *Los Reyes d' Aragón y la Seu de Girona* (1.ª serie, *Renaixensa*, revista catalana: 1872-74; y 2.ª serie en un volumen, Barcelona, 1876) constituyendo una copiosísima colección diplomática ilustrada con notas y comentarios, verdadero arsenal de datos para la historia eclesiástica, política, literaria y artística de la inmortal ciudad y del Principado en general.



de barro y de regular ejecución. Sostienenlas una especie de florones, si tal nombre puede darse á un montón de hojas caprichosamente enredadas y esculpidas con la mayor delicadeza. ¿Por qué se han casi desterrado de las iglesias esos portales salientes, cuyo profundo arco deja un espacio majestuoso desde la entrada del frontis hasta la puerta del templo, estrechándose á medida que se va acercando á la última? Aquellas estatuas alineadas á entrambos lados como si quisiesen formar ángulo dan tanta majestad á la fábrica, que aparecen á nuestros ojos como fríos y mudos centinelas de la casa de Dios, que en su silencio impasible ahondan nuestras más ocultas intenciones y muestran grave y airada su frente al que pisa el santo umbral con el alma embebida en pensamientos del mundo. La puerta de los Apóstoles de que hablamos, convida á la calma y á la meditación religiosa, y en verdad el lugar en que está edificada se armoniza admirablemente con ella: á su frente se despliega un vasto huarario: el silencio de la muerte vaga por todo aquel recinto, y al dejar atrás el santuario, al atravesar aquel pavimento de tumbas, nuestros piés entreabren por un extremo las losas que vuelven á cerrarse sordamente, y descendiendo algunas gradas nos hundimos en las revueltas pendientes de aquellos barrios tristemente silenciosos.

La historia de casi todos los templos más insignes se pierde en la oscuridad de los siglos, y los de Cataluña por una rara coyuntura quizás común á su mayor parte, ofrecen tres épocas marcadas, que sobresalen en aquellos rudos y guerreros siglos como señales benéficas de la paz. El continuo movimiento de las luchas, el furor de las invasiones arrasaban las fábricas más sublimes, que no volvían á lanzar sus arcos á las nubes hasta después de pasada la tormenta. Así en todas las fases, en todas las épocas la ley eterna no se ha desmentido nunca: el mundo ha seguido, permítasenos la frase, su sistema de rotación, y

siempre la humanidad se ha afanado en destruir y reparar, caminando siempre á un fin vago, lejano, á una civilización que ora se presenta cercana, ora se disipa en las ilusiones de la utopía.

Sólo la buena memoria nos queda del primitivo templo (a) que tras las sangrientas persecuciones con que se vió afligido el cristianismo osó proclamar con el lenguaje de sus campanas el nombre del Señor. Aquella tal vez humilde fábrica recibió durante muchos siglos las preces de los fieles gerundenses, y sólo el furor de los hombres pudo trastornar la firmeza de las paredes que resistían á los ataques del tiempo. La tempestad, que saliendo del África precipitó sobre el suelo de la España las legiones mahometanas, también tronó sobre Gerona, que se rindió conservando sus privilegios, sus leyes y su religión. Pero los conquistadores hollaron el santo umbral de la iglesia bizantina, y sobrado orgullosos para consentir que el culto cristiano hiciese alarde de toda su pompa en el centro de su misma conquista y en el templo principal, tomaron para sí la catedral, cuyo cabildo pasó á la iglesia de San Félix. Cuando en 785 las armas de Ludovico Pío plantaron en los muros de la ciudad el estandarte de la cruz, Carlomagno protegió aquel santuario, que libre ya de las ceremonias que hasta entonces lo profanaron, fué reparado un tanto de las alteraciones que le hubiesen acarreado las pasadas guerras.

Así continuó hasta el siglo XI, en que ya se le calificaba de antiquísimo, pudiendo apenas guarecer á los sacerdotes contra la lluvia que penetraba por sus rotas paredes y hendiduras. Ocupaba entonces la silla episcopal Pedro Roger, hermano de la condesa Ermesendis, y con laudable celo emprendió la renovación de la iglesia, ayudándole en su noble intento su cuñado el conde D. Ramón III y su hermana que siempre se manifestó

(a) Consta que á principios del siglo IV, Rufino vice-presidente de la ciudad por el emperador Daciano destruyó el primer templo cristiano que había existido.